

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN BELORADO

RUFINO GÓMEZ VILLAR

Catedrático jubilado del I.E.S. “La Laboral” (Logroño)

RESUMEN: *El presente trabajo analiza el impacto de la guerra de la Independencia en Belorado. En una primera parte se examina la situación socioeconómica y cultural de la población, previa al momento de la invasión. Posteriormente se sigue el impacto y las repercusiones de la contienda, atendiendo especialmente al terrible problema financiero que para los vecinos y la hacienda concejil supuso el abastecimiento de las tropas francesas y nacionales acantonadas en la villa o en tránsito por la población. Un último apartado estudia las acciones de la guerrilla y los pormenores de “la batalla de Belorado”, un acontecimiento destacado de naturaleza militar que tuvo como escenario los campos inmediatos a la población.*

PALABRAS CLAVE: Belorado, guerra de la Independencia, camino de Rioja a Burgos, abastecimientos, Francisco de Longa, “Desastre de Belorado”.

ABSTRACT: *This work includes an analysis of the impact of “Independence War” in the village of Belorado. In the first part of the document the socioeconomic and cultural situation of the population before the invasion are examined, to continue examining the impact and implications of the conflict, specially at a financial level, for neighbours and for the Council, who were obligated to supply French and Nationals troops located in the village or just in transit to other places. Finally the document includes an exam of the “guerrilla’s” actions and details of the “Battle of Belorado” a highlight military event that was played next to the village.*

ISSN: 0211-8998. B.I.F.G. Burgos, XCVII, 257 (2018/2), (327-357)

Recibido: 05-07-2017

Aceptado: 11-09-2018

KEYWORDS: Belorado, camino de Rioja a Burgos, supplies, Francisco de Longa, "Belorado Disaster. "

1. INTRODUCCIÓN Y PRETENSIONES

En la noche de una jornada cualquiera de mediados del siglo XVIII sonó en la calle Mayor la aldaba de la puerta de la casa de Manuel Pinedo, un sastre de Belorado. Ese mismo día había llegado a la población una compañía de soldados de recluta, y un comisionado del ayuntamiento, el teniente de alcalde Lucas de Orega, instaba al artesano a dar cama a dos de ellos. Correr el turno entre los vecinos pecheros era el procedimiento habitual seguido para alojar a las tropas transeúntes en todos los pueblos y ciudades del reino de Castilla. Ante la negativa del vecino éste fue conducido a la cárcel pública. Allí, maniatado, golpeado con un sable y arrodillado ante la justicia y los dos soldados, Pinedo rogó apasionado: "Acábeme usted de matar". El acta notarial que recoge el suceso registra también la contestación del recluta ante el vecino colgado de un poste: "Anda perro que así has de morir".¹

El suceso acontecido en la persona del sastre, por puntual que fuera, se puede entender en el contexto de la antipatía general que despertaban las fuerzas de los ejércitos de paso entre las poblaciones. En primer lugar, como es evidente, por las molestias y cargas económicas que ocasionaban en el vecindario. En segundo lugar eran el aliado natural contra los disturbios y rebeliones populares y, consecuentemente, la primera línea de apoyo al estamento privilegiado, ejemplarizado en nuestro caso en la persona del noble Orega. En tercer lugar, soldados y oficiales eran célebres por su talante fanfarrón y camorrista exhibido ante la parte más endeble de la sociedad civil.

Por eso la ubicación de Belorado y los pueblos de su entorno sobre el camino de Santiago, una ruta ampliamente utilizada desde la Edad Media para el desplazamiento de los ejércitos fue, quizás, el factor que desempeñó un papel más decisivo en las desdichas que acontecieron a sus pobladores a lo largo de la guerra de la Independencia.

¹ Archivo Histórico Provincial de Burgos. BALZA, A. de. Lib. de Notariales, 1744.

Acogido a la fertilidad del valle del Tirón, en el límite del bosque que desciende desde la línea de cimas de la sierra de La Demanda, Belorado debe parte de su relativa importancia histórica al camino de Rioja a Burgos. Esa es la razón primera de su exitoso mercado comarcal, y de sus ferias, y de su entronización como cabecera comarcal. También de su espectacular desarrollo económico a lo largo de los siglos centrales del medioevo, un crecimiento que tuvo su apogeo en el siglo XVI y que se desvaneció paulatinamente.

El camino de Santiago se potencia en la villa con la incorporación de la ruta que desde Haro asciende hacia Burgos. Este viejo camino de “Los Vinateros” conoció en los años finales del siglo XVIII un gran auge, debido a la jerarquía que alcanzó Haro, en aquella época la segunda ciudad en importancia económica de la Intendencia de Burgos. Durante la contienda fue mejorado su trazado a instancias del ejército francés, interesado por razones estratégicas en el control de la comunicación entre Burgos y la zona más occidental de La Rioja. Por ella, convertida en ocasiones en alternativa de la principal arteria de comunicación entre Madrid y la frontera francesa, entre Briviesca y Miranda, circularon con profusión correos y abastecimientos del ejército francés.

Entre 1808 y 1814 España sufrió la guerra más aterradora de toda su historia. La contienda afectó especialmente a nuestra comarca ya que, colocada en el entorno de influencia de la ciudad de Burgos padeció, como la capital, la ocupación prácticamente continuada de las tropas francesas. Las consecuencias negativas del valor estratégico de Burgos se extendieron a los pueblos de la provincia que tuvieron que complementar la capacidad de alojamiento y de manutención de la ciudad. Los batallones franceses desfilaron en todos los sentidos por los caminos de Burgos, de Haro y de Logroño. Pueblo tras pueblo de la comarca –Villafranca, Cerezo, Redecilla o Belorado– fueron asaltados e incendiados. Con frecuencia la guerra de guerrillas sumergió a los vecindarios en una salvaje y tormentosa anarquía. Los gastos extraordinarios exigidos a los concejos fracturaron las débiles finanzas locales. Y al final de esta secuencia quedó la miseria y el empobrecimiento general de los vecindarios.

Es el objetivo de este artículo acercarnos a la realidad de la zona en el contexto global del conflicto. Procurar un enfoque inmediato del ámbito espacial y temporal en el que se desarrollaron las vidas

de las gentes de la parte media-alta del valle del Tirón. Prestar especial atención a las circunstancias sociales y económicas de aquella sociedad rural que sirvió de decorado para la historia más visible, la de los acontecimientos palaciegos y la de las grandes batallas. Tener como última meta a sus gentes sin historia, a las historias de sus vidas y quehaceres cotidianos.

Compartir en última instancia sus miedos, sus conductas y sus actitudes ante el fenómeno de una guerra cruel. Y esto en el entendimiento de que la limitación del territorio, la visión local, ofrece las ventajas del detalle y el inconveniente del oscurecimiento de un enfoque general del conjunto.

2. SOCIEDAD Y ECONOMÍA

2.1. Una sociedad rural en crisis. Privilegios feudales y presión tributaria

Desde los últimos decenios del siglo XVIII en todo el reino de Castilla se padeció una sucesión de desastres naturales, irregularidades estacionales, sequías e inundaciones. Incluida una serie de plagas de langosta que, por ejemplo, animaron a los labradores de Haro y Casalarreina a solicitar, olvidando las críticas irónicas, la visita de la urna milagrosa que contiene el cráneo de San Gregorio Ostiense, el santo de la Berrueza navarra.

La dimensión extraordinaria de las cosechas malogradas ocasionó un gran aumento en los precios del trigo y, en segundo lugar, varias crisis de subsistencia. Conocemos que desde el año 1790 ninguna de las series quinquenales de las cosechas de Belorado alcanzó los valores medios calculados para todo el siglo. La carestía de la vida desde ese 1790 es una constante que puede seguirse atendiendo, por ejemplo, a la elevación de los salarios de algunos cargos municipalizados. También por las medidas extraordinarias con las que los sencillos hospitales locales trataron de hacer frente a las dificultades; duplicando el reparto de pan para los necesitados, perdonando los arriendos o vendiendo a bajos precios los granos para cubrir la sementera.²

² Archivo Municipal de Redecilla del Camino. Lib. de Cuentas del Santo Hospital de esta villa.

Por si esto no fuera suficiente, en los años 1803-1804 se declaró una terrible epidemia de fiebre amarilla, tal vez de tifus, consecuencia de la concatenación de varias cosechas fallidas y su secuela de carestía y sobremortalidad. En la aldea de Fresno, poblada con alrededor de 70 vecinos en aquella época, los libros de finados registran para los años 1803 y 1804 nada menos que 55 defunciones, muchas de ellas de párvulos y personas mayores de cuarenta años.³ Ese mismo año de 1803 el ayuntamiento de Belorado se vio forzado a cambiar hasta siete veces el precio oficial del pan, con el fin de que no se produjese la temida falta de abasto. La anormalidad meteorológica del verano de 1802 fue tan acusada que las fiestas de Gracias se celebraron en los primeros días de octubre.

Todas estas calamidades cayeron sobre una comarca, en realidad sobre todo el país, afectada por una grave crisis social. Como cabía esperar en una región como la nuestra ocupaban el primer lugar los problemas de los agricultores. En este contexto de contrariedades extremas resulta evidente el recurso judicial seguido por los campesinos de Belorado para conseguir que los arriendos de las tierras de su jurisdicción se hicieran con preferencia para los vecinos de la villa, tal como se hacía en todos los pueblos. Se entienden asimismo los abusos cometidos sobre los erios concejiles, los entrepanes y los bienes comunales. Lo aclara convincentemente el rompimiento ilegal del campo de Larierta por los vecinos de Castil de Carrias, un pastizal de la mancomunidad de los pueblos de la Jurisdicción de Villafranca. Sin más excusa que la pobreza, la miseria y la falta de arbitrios de poder, los "lomeses" traspasaron el delgado perfil que unía la pobreza de los pueblos y el estímulo de intrusar los montes y pastizales comunales.⁴

En Belorado la dificultad principal tenía un carácter histórico, ordenado, fácilmente cuantificable. Entre los 120 vecinos que se declaraban agricultores y los 40 que decían ser hortelanos detentaban únicamente el 15% de la propiedad del terrazgo. Una restricción de principio que se añadía a la carga de diezmos y primicias que todos los campesinos estaban obligados a entregar a la Iglesia. Aunque en la villa las cargas vinculadas al tradicional régimen feudal, los pagos en concepto de señorío al conde de Haro, no eran especialmente cargantes la suma de la renta de la tierra, los diezmos, los

³ Archivo Parroquial de Belorado. Lib. de finados, 1803/1804.

⁴ AHPBu. MARTÍNEZ RODRIGO, C. Lib. Notariales, 1797.

préstamos (más de la mitad tenían contratados censos al 3% y una buena proporción no eran propietarios de la casa en la que vivían ni de los bueyes con que labraban), los impuestos devengados por la Hacienda Real y otras exacciones hicieron que la cercanía de la pobreza fuese el sino inalterable de los campesinos.

Dejando a un lado ahora la crisis de estos años, la producción de granos se hallaba en una situación de claro estancamiento, limitada por la falta de fertilizantes y de innovaciones tecnológicas. Ni siquiera la ampliación del cauce Molinar y la consiguiente conversión en tierras de regadío de una parte del terrazgo alivió los problemas de los campesinos. La mayor parte de la propiedad de la tierra siguió en manos de una poderosa clase de rentistas, compuesta por algunas familias nobles y, sobre todo, por la Iglesia. Aquí la documentación acredita al grupo de eclesiásticos como poseedor –a través del cabildo, los monasterios franciscanos, los benedictinos de San Millán de la Cogolla y Santa María la Real de Nájera, las cofradías, las capellanías, las fábricas de las iglesias, el obispado, las ermitas y los bienes patrimoniales de sus miembros– de un 40% de la superficie total dedicada a la siembra, incluyendo un gran número de huertos, de regadíos y otras heredades de primera calidad. Un patrimonio que corría en paralelo con el valor cuantitativo del grupo levítico: 25 miembros del cabildo eclesiástico, 42 monjes franciscanos, 35 monjas clarisas. Nada menos que un 7,2% de la población total de la villa.⁵

El asunto es demasiado enmarañado para afrontar ahora todos sus aspectos, baste con decir que el monasterio de monjas clarisas de Santa María Bretonera detentaba títulos de propiedad sobre 240 hectáreas de tierra del entorno comarcal inmediato (90 Ha en la villa), al tiempo que protagonizaba una exagerada acción financiera dispersa por la mayoría de los lugares del arciprestazgo. Además el sistema privilegiado de propiedad eclesiástico –la amortización– y su paralelo de vinculación nobiliaria acarrearba el apartamiento secular de la tierra respecto al mercado e imposibilitaba el acceso de los campesinos a la condición de propietarios. Formaban un grupo condenado a su condición de labradores minifundistas, agobiados por la rentas de la tierra pero cultivadores directos de los campos y de

⁵ GÓMEZ VILLAR, R. *Belorado y su comarca. Economía, sociedad y vida cotidiana (1700-1813)*. Pamplona. Ed Pamiela. 2000., pp. 181-216 y 165-180



Figura 1. Viviendas conventuales del convento de San Francisco. Gómez, 2000. Colección particular. Belorado

los ganados, tan solo en algunos casos con la ayuda de jornaleros (50 vecinos) y pastores (38 vecinos).

A la languidez económica de la población vino a sumarse la fosilización de la actividad protoindustrial que conformaban los obradores de calzados y de sastrería. Aunque hasta 41 vecinos habían declarado dedicarse a estas actividades hacia la mitad del siglo XVIII, al final de la centuria, empujados por una serie de circunstancias desfavorables, la mayoría estaban abocados al cierre de sus talleres. En paralelo la manufactura textil se hallaba en claro retroceso y en la última década del siglo tan solo operaban dos de los diez talleres que, aun en 1744, producían paños y bayetas.

De esta forma el sector secundario de la villa, pujante no mucho tiempo atrás, había quedado reducido a actuar como complemento de las dominantes actividades agropecuarias sin más pretensiones que cubrir la demanda local y la de las aldeas colindantes. Además de los inexcusables herreros, herradores, aladrosos, albañiles y carpinteros debe mencionarse la existencia de dos hornos de alfarería y de, nada menos, que diez molinos harineros, todos arrendados.

En estas coordenadas de pobreza, decadencia y calamidad de los tiempos debemos situar a la legión de pobres “envergonzantes” que

llenaban los caminos y los hospitales de la Misericordia de los pueblos del reino. Una situación social tremendamente injusta a la que escapaban el médico, los cirujanos, los boticarios, los tenderos y mesoneros. También el “grañonero” (el tratante de granos) y, por supuesto, el clero y la mayoría de la decena de hidalgos absentistas.⁶

A todas estas calamidades se añadió la crisis económica de la Hacienda Real. Para evitar la asfixia de las finanzas estatales los gobiernos de Carlos IV intensificaron la presión tributaria sobre las poblaciones, con medidas como la apropiación, a partir de 1792 y durante ocho años, de los sobrantes de los bienes de propios municipales y, en 1800, con la aprobación de un repartimiento extraordinario por vía de contribución entre todos los pueblos.

Las consecuencias de la nefasta política bélica de Carlos IV se dirigieron entonces como un ariete contra la piedra angular en la que se basaban las haciendas concejiles: los bienes de propios. Nada menos que 21.336 reales de vellón (entre 3 y 4 reales se estimaba el jornal de un artesano) correspondieron a la villa en el repartimiento. El ayuntamiento solventó la delicada situación poniendo a la venta 789 fanegas de trigo, de las 1789 que tenía almacenadas en el pósito municipal.⁷

La mayoría de los ayuntamientos, sin embargo, seleccionaron como solución para abordar la crisis el recurso a los expedientes de roturación de terrenos concejiles. En Redecilla del Camino, por ejemplo, la asfixia de la hacienda municipal había obligado un año antes, en 1799, a reducir drásticamente los modestos gastos comunes y tradicionales en festejos, rogativas, procesiones y reuniones de los regidores.⁸ Incapaces de sostener los 4939 reales que le correspondieron en 1800 los munícipes se vieron empujados a solicitar licencia para rozar y poner en cultivo ciento cuarenta hectáreas de tierra en la dehesa del monte. Las fincas se repartieron entre los vecinos labradores quienes evitaron así ser expuestos al abandono de los campos, aunque el desmantelamiento de la dehesa supusiera una drástica merma de los pastos municipales.⁹

⁶ GÓMEZ VILLAR, R. *op.cit.*, pp 37-56

⁷ A.M.Be. Lib. de Actas, 1800

⁸ A.M.R.Ca Lib. de Actas, 1799

⁹ A.M.R.Ca. Exp. formado a consecuencia de la Real facultad para entrar en la Dehesa de esta villa setecientas fanegas de heredad. 1800.

Ni siquiera la iglesia quedó al margen de la intensificación del rigor recaudatorio regalista. Se inició desde 1798 un proceso de desamortización parcial de las inmensas riquezas de la institución conocido como la desamortización de Godoy, cargando las compraventas con un 3% para aliviar la deuda pública. El resultado de esta iniciativa en la comarca fue que, por ejemplo, hacia 1808 las cofradías y capellanías habían sido despojadas de todas sus propiedades. En el mismo orden de cosas se aprobó un gravamen en 1801, conocido como “la novena”, consistente en un canon equivalente a la novena parte de toda la diezmación perteneciente al clero o a las instituciones benéficas. Conocemos el caso del Hospital de la Reina de Villafranca Montes de Oca, cuyo secretario anotaba en 1803: “sacó la justicia dieciseis fanegas de trigo, trece de cebada y diez de comuña por el noveno y el quinto que manda la Real Orden, cuyo precio se abonará según lo que estipulen conforme a los tres mercados próximos de S^{to}Domingo, Burgos y Briviesca”¹⁰

2.2 Reflejos ambivalentes de la política cultural ilustrada

En otro orden de cosas la política cultural del régimen borbónico, especialmente bajo Carlos III y Carlos IV, fue una razón constante de rebeldía para la población. Con el fin de estimular la educación y la higiene, ampliar los ideales de la Ilustración y suprimir el vicio del pueblo llano las autoridades promovieron una reglamentación que se movió en ocasiones cerca de lo sencillamente escrupuloso. En un extremo se hallaría el deseo de suprimir todas las manifestaciones de entretenimiento y cultura populares. Con el pretexto de que las rondas nocturnas generaban violencia, las ordenanzas de 1806 indicaban “que ninguno de los mozos solteros, vecinos estantes, o habitantes y mucho menos las mozas solteras sean osados salir de ronda con tamboril ni otro instrumento, ni anden por la calle en patrullas después del anochecer por los gravísimos inconvenientes que han resultado y se han experimentado en esta republica”. Otras objeciones tenían una supuesta base moral, especialmente si intervenían mujeres. En este sentido el abad de San Millán, señor del priorato de San Miguel, prohibió a sus vasallos los “tresnoches” porque “se juntan personas de uno y otro sexo”, al mismo tiempo que reco-

¹⁰ Archivo del Hospital de Villafranca Montes de Oca. Lib. de Tazmías, 1803.

mendaba a las mujeres no tomar las andas en la procesión al convento de Linares.¹¹

La ofensiva contra la cultura festiva de los pueblos estaba apoyada simultáneamente por las autoridades civiles y religiosas. Así mientras el concejo de Quintanalaranco mandaba a sus vecinos y, especialmente, a los taberneros que no consintieran los juegos de cartas después del toque de las Avemarías “para quitar de pendencias que suelen suceder entre hombre y muger”, el clero denunciaba hipócritamente la “glotonería y abusos mal tolerados i consentidos, pecaminosos i ofensivos a la Divina Majestad” en ocasión de los más que frugales ágapes de los miembros de las cofradías.¹² La jerarquía eclesiástica conseguía incluir entre las ordenanzas de Redecilla del Camino “que no hubiera juegos públicos durante la misa conventual, la explicación de la Doctrina, y el rezo del rosario por la tarde”.¹³

Entre todas las iniciativas de esta naturaleza ninguna fue menos popular que la prohibición de las corridas de toros en 1805, durante el gobierno de Godoy. A pesar de ello no debió de tener mucho resultado la proscripción pues un año más tarde se incluía en el programa de festejos de las fiestas de Gracias una novillada. Los toros se programaban en la villa, además de en las fiestas de San Vitores y Gracias, anuales y previsibles, en ocasión de celebraciones extraordinarias. Es lo que ocurrió en octubre de 1802 con motivo del festejo los esponsales del príncipe (el futuro Fernando VII) con la infanta María Antonia de Nápoles.

En el otro extremo es evidente que se alentó un interés creciente por la educación popular, la limpieza, el urbanismo o la construcción de nuevos cementerios apartados de los núcleos urbanos. Consecuencia de esta ideología fue la construcción en la villa de un campamento extramuros junto a la fábrica de la, hoy desaparecida, ermita de San Juan.

Este reformismo cultural se detecta incluso en las poblaciones medianas. Valga el ejemplo de Belorado, una localidad de aproximadamente 2500 habitantes en los años que bordean el cambio de siglo,

¹¹ MANSO MARÍN, I. *San Miguel de Pedroso. Cuna del primer monasterio de monjas de Castilla*. 1997. pp 139-141.

¹² A.M.Be. Lib. de las Ordenanzas municipales de Quintanalaranco.

¹³ A.M.R.Ca. Lib. de las Ordenanzas municipales de Redecilla del Camino.

una cabecera de comarca cuya jurisdicción e influencia, encorsetada entre los corregimientos de Santo Domingo y de Briviesca, alcanzaba únicamente a los pueblos y aldeas de su entorno más próximo.

A este respecto resulta paradigmática la figura del alcalde Ignacio Crespo Urrutia, un emigrado bilbaíno, casado con la más rica heredera beliforana. En palabras de Jovellanos, su ilustre y ocasional huésped, era el hombre del pueblo. El futuro ministro de Gracia y Justicia anota en sus Diarios (1795-1796) la impresión de “poblachón” que le produjo la población y trae la noticia de que el alcalde ilustrado construyó un camino hasta el puente del Canto y otro hacia Santo Domingo e “hizo también en la plaza una buena y abundante fuente”.

Se repiten en esa época las noticias sobre la preocupación municipal por la limpieza de las calles, la prohibición de la construcción de hornos de yeso en la población o el mantenimiento de las precarias condiciones higiénicas del Hospital de la Misericordia, en cuya capilla se enterraban “muchos pobres forasteros, causa de haberse experimentado hedor y peligro de pestilencia”.¹⁴ Una amenaza reforzada por la estructura urbana de la villa, encerrada entre los muros ruinosos de la cerca y de la torre medieval, salpicada por los cementerios de las tres parroquias y del hospital, y recorrida por esguevas extraídas del río Merdancho que servían, además de para regar los huertos domiciliarios, como canales de transporte de basuras y desechos de todo tipo.

Otros argumentos apoyados por las autoridades buscaban incrementar el control social, así se ve en este sabroso punto del auto de buen gobierno del año 1806:

“Que se de cuenta de todos los bagabundos para limpiar el pueblo de la peste que ocasionan, y aplicarlos al Real Servicio de Armas y Presidios y que nadie los oculte, ni otra gente de mal vivir pena de ser castigados con la misma que merecen los encubiertos”.

El cambio apadrinado por los ilustrados tenía sin embargo connotaciones peligrosas por lo que suponía la provocación para la población. Para los reformadores ceremonias tradicionales como las procesiones de flagelantes el día de Jueves Santo, vigentes entonces en todos los pueblos de la comarca, las capeas y encierros de vacas en

¹⁴ A.M.Be. Lib. de Cuentas del Hospital de la Misericordia, 1803

la Plaza Mayor o la danza tradicional dentro de las iglesias eran trasunto de ignorancia y se situaban en el plano de la superstición más oscura al mismo nivel que la visita de los saludadores y los conjuros contra las tormentas. Para las poblaciones, sin embargo, constituían la existencia misma de la vida comunitaria y de la identificación propia. Si se las prohibían se privaba a la comunidad de parte de su afectación local y, lo que es peor, de la ayuda prodigiosa contra desgracias y accidentes meteorológicos. Tal vez por eso la obstinación de los poderes eclesiásticos en limpiar los rituales religiosos de muchos de los usos populares con los que, al decir de los críticos, se habían corrompido. Se ve en la búsqueda de “mayor formalidad y decencia” con el adelanto del horario de la procesión del Jueves Santo¹⁵, en la prohibición de las bodas fuera de las iglesias, o en la normativa emitida por el abad de San Millán ordenando a sus súbditos de San Miguel no jugar, ni comer ni danzar dentro de la iglesia de El Priorato.

3. LOS FRANCESES EN ESPAÑA. BELORADO: UNA VILLA EN EL CAMINO DE LOS EJÉRCITOS

Después de varios meses de arduas negociaciones, a finales de octubre de 1807 España firmó el Tratado de Fontainebleau, en el que se decidió la invasión de Portugal por las tropas hispano-francesas y la posterior división del país vecino en tres partes, una de las cuales se daría a Godoy. Diez días después de la firma, el 27 de octubre, las primeras avanzadillas del ejército francés entraron en España. A finales de noviembre las tropas francesas al mando del general Junot y las españolas bajo las órdenes del general Caraffa entraban en Lisboa.

Días más tarde dos nuevos ejércitos franceses atravesaron la frontera al mando de los generales Dupont, acuartelado posteriormente en Valladolid, y Moncey acantonado en Vitoria, Miranda y Logroño. El desplazamiento del cuartel general de Moncey a Burgos en enero de 1808 provocó importantes movimientos de tropas hacia la capital, dando inicio al pavoroso problema que suponía su alojamiento y manutención. En Burgos, con apenas 15000 habitantes en aque-

¹⁵ Archivo Diocesano de Burgos. 1775.

llas fechas, la avalancha de soldados franceses, en torno a cuatro mil hombres, obligó a las autoridades a dedicarse exclusivamente a la búsqueda de abastecimientos y a gestionar sus alojamientos. Para sostener la alimentación de las tropas el Regimiento y Justicia de la capital tuvo que acudir de forma urgente a las personas acomodadas de la población, a la iglesia y a otras instituciones afines, como cofradías, obras pías y hospitales. A este respecto conocemos que el Hospital de la Reina de Villafranca, un establecimiento con una apoyatura económica firme, contribuyó de forma muy especial.

En diciembre de 1807 ya estaban los franceses acampados en Nájera y Haro y el día de Reyes de 1808 en Belorado. Cuenta el semanario “El Tirón” que en esa jornada llegaron a la villa cuatrocientos quince soldados y al día siguiente otros doscientos cincuenta, la mayoría de caballería.¹⁶

En las especiales circunstancias de pobreza de los primeros años del siglo la llegada de los contingentes militares franceses y, poco más tarde, de la guerra vino a incidir muy negativamente sobre la economía de los vecinos y de las arcas municipales. Durante los cinco años que duró la contienda los gastos originados por los ejércitos franceses y españoles recayeron especialmente sobre las poblaciones cercanas al camino de Madrid a Francia. Una realidad que se veía potenciada en la villa, ya lo dijimos, por el habitual tránsito de soldados por el camino de Rioja a Burgos. Y por la proximidad de la capital cuyo valor estratégico determinó la ocupación de la ciudad prácticamente a lo largo de los cinco años que duró la contienda.

No hubo un acantonamiento continuado de soldados franceses como sí ocurrió en Santo Domingo y Briviesca. A la villa le correspondió una función logística en el aprovisionamiento de las guarniciones de estas dos poblaciones cercanas y de las columnas en tránsito por la zona. A partir de la reordenación administrativa diseñada por las autoridades francesas en la primavera de 1810, Belorado y la mayoría de los pueblos de la comarca fueron adscritos a Santo Domingo, a cuyo corregimiento pertenecían entonces, mientras las poblaciones del Valle del Oca, Villafranca y los doce pueblos de su jurisdicción se incluyeron en la Bureba.

¹⁶ “El Tirón”, 1932.

Las contribuciones en especie de alimentos para hombres y ganado se hacían por repartimiento entre la villa y las aldeas de su jurisdicción en proporción al número de habitantes de cada localidad. De más está decir que las raciones se entregaban sin demora ni excusa ante la amenaza de represalias personales y de la destrucción de los pueblos. Trae el semanario “El Tirón” un ejemplo característico de este tipo de órdenes “*manu militari*” al recordar la urgencia con que, en una coyuntura especial, se exigió a Belorado el traslado hasta Briviesca y en un plazo de doce horas de mil arrobas de paja.

La ración por soldado francés estaba fijada en un pan de 28 onzas, 8 onzas de carne, media pinta de vino, 2 onzas de legumbre y la sal correspondiente por lo que según el articulista del semanario ocasiones hubo en que las fanegas de trigo y de cebada pasaban desde la era a manos de los invasores que en un momento se incautaban del fruto de muchos meses de trabajo.¹⁷

A finales de enero de 1808 Napoleón ordenaba la toma de las fortalezas de San Sebastián, Pamplona, Figueras y Barcelona. A nadie debe de extrañar que a partir de ese momento la desconfianza que inspiraban los franceses no dejara de crecer, alimentada entre el pueblo por la arrogancia de las fuerzas imperiales. A finales de abril la noticia de que Fernando VII estaba prisionero en Francia acabó por fin con la ficción de que el emperador era un amigo de España y enconaba al populacho de Madrid. El pueblo estaba en ebullición, por lo que era inevitable un estallido social y, el día 2 de mayo, se produjo la crisis y posteriormente el levantamiento en todo el país.

3.1 Napoleón contraataca: Gamonal

Tras la inesperada derrota del ejército francés en Bailén y la salida del rey José I de Madrid a principios de noviembre de 1808 el emperador había concentrado un ejército de más de doscientos mil hombres en las cercanías de Logroño y de Vitoria. Con la línea de vanguardia dispuesta entre Briviesca y Miranda, la intromisión de la guerra en la realidad cotidiana de la comarca se presentó con toda la crudeza imaginable. A este respecto en los últimos días de agos-

¹⁷ “El Tirón” fue un semanario publicado en Belorado durante los años de la II República. En su redacción colaboraron las elites culturales de la villa: médicos, veterinarios, maestros, etc.

to la intendencia de un cuerpo del ejército invasor al mando del general Bessieres comunicaba al ayuntamiento de la villa un requerimiento urgente de raciones para hombres y caballerías, con el fin de cubrir las necesidades de 20.000 soldados.¹⁸

Cuando Napoleón decidió finalmente lanzar el ataque el resultado de la contienda estaba anunciado de antemano. Después de las victorias francesas en Gamonal y Somosierra, en menos de seis semanas Madrid volvía a estar ocupada. Es en el contexto de la batalla de Gamonal, librada el día 10 de noviembre entre el ejército regular español y la Grand Armée, comandada directamente por el emperador, cuando la división Deselles, dirigida por el general Ney, atravesó la comarca por Santo Domingo, Belorado y Villafranca para cubrir la retaguardia desde Ibeas de Juarros. Dos días después de la cruenta derrota un destacamento francés hacia su aparición en Villafranca y durante dos jornadas se entregaba al pillaje en el pueblo y en el Hospital de La Reina causando daños inevitables y robando muchas cosas en el hospital y especialmente todas las de la despensa. El secretario del hospital recogería más tarde la magnitud del expolio: “se llevaron 95 libras y media de tocino, 71 libras de pescado seco, 150 libras de aceyte y 396 quartillos de vino que estaban en poder del limosnero”.¹⁹ En esas fechas la soldadesca culminó su atropello quemando los archivos municipales y eclesiásticos de Villafranca y de Cerezo.

Tras la batalla Napoleón escogió Belorado como punto de enlace con La Rioja y los territorios del Ebro Medio, zona por la que el emperador sospechaba que podría moverse el ejército de Andalucía, comandado por el general Castaños. Ese sentido tiene la orden recibida por el general Durosnel para acantonarse en la villa con 150 caballos. El 17 de noviembre, tan solo siete días después del encuentro de Gamonal, Durosnel establecía contacto con el comandante francés de Logroño, el general Lagrange. Desde Belorado se establecía así un puente de comunicación directa entre Logroño y Burgos. A partir de este momento de la contienda el control del viejo camino de Rioja a Burgos aseguraba al ejército invasor dos elementos vitales; la información y el abastecimiento.²⁰

¹⁸ “El Tirón”, nº 7. 1933

¹⁹ AHVMO. Lib. de cuentas, 1809.

²⁰ DÍEZ MORRÁS. F.J. “La Guerra de la Independencia en Santo Domingo de la Calzada”. En *Revista Berceo* (157). Logroño, 2009

3.2 La asfixia de la hacienda concejil. Alojamientos, bagajes y suministros

La opresión económica padecida por la hacienda de los concejos comarcanos con motivo de las campañas del año 1808 impulsó a los regidores, en evitación de castigos y represalias, a desprenderse de buena parte de los bienes de propios. Así en 1909 la Justicia y Regimiento concedía un poder notarial al licenciado Fernando Sánchez Calderón, abogado de los Reales Consejos, con el fin de obtener de las autoridades permiso para vender fincas del común pues “se hallan apurados los recursos de que a sido preciso echar mano para atender a los exorbitantes subministros(sic) que de todas especies se ha hecho por esta referida villa en el año mas proximo pasado y el presente a las tropas que han pasado, pernoctado y han estado acantonadas en la misma y acudir a los puntos de Briviesca, Burgos y otras partes... Y para evitar daños y perjuicios que por falta de arbitrios a sufrido infinidad de pueblos de este Reyno se pide...”²¹ El alcalde de Belorado fue obligado a viajar a Burgos en previsión de que los suministros no fuesen atendidos por el municipio.

Para tomar en consideración los suministros hechos a los ejércitos nacional y francés a lo largo de la guerra, buena parte de los terrenos comunales, ejidos y baldíos concejiles fueron vendidos y quedaron reducidos a dominio particular. En los montes comunales se roturaron con el mismo motivo cinco hectáreas, mientras la tala de robles y hayas dejó convertida la extensa zona forestal en matas bajas y charreras inútiles. Asimismo fueron destruidas todas las arboledas y plantíos de chopos que, al abrigo de las leyes de fomento del arbolado, bordeaban las orillas del Tirón. En última instancia muchos lugares comarcanos recurrieron a la corta de sus mejores montes, incluso de las dehesas boyales. Casi un siglo más tarde los vecinos de Ezquerria, por ejemplo, guardaban todavía en la memoria que su magnífica dehesa de los “Los Valles” había sufrido esa suerte durante la invasión.

A las penurias económicas de los concejos habría que sumar las requisas de ganados y otros bagajes que se hacían a particulares. Por eso a partir de 1813, terminada la guerra, menudean los recursos de vecinos pretendiendo el cobro de los vales firmados por los mandos militares españoles y franceses.

²¹ AHPBu. GÓMEZ FRIAS, J. Lib. de notariales de 1809.

Presionadas por la necesidad urgente de conseguir fondos con que sostener la guerra las autoridades, controladas por los invasores, se apropiaron asimismo de las llamadas tercias reales de la diezmación pertenecientes, por ejemplo, al Real Hospital de Villafranca. Lo notifica el secretario de la institución quien en septiembre de 1808 presentó ante la justicia del pueblo una orden recibida de los alcaldes de la villa de Briviesca para que se retenga la parte que al Real Hospital tocase por las tercias reales, “la que a presencia de todos los partícipes de dcho orreo y otros vecinos del referido lugar se han entregado en la dcha justicia para el suministro de las tropas francesas”. La política encaminada a obtener nuevos recursos llevaba a las tropas francesas, siempre recelosas de los campesinos, a proceder a la confiscación del diezmo eclesiástico en el mismo momento de la partición en el hórreo local.

En ese sentido apuntaba la constante aprobación de nuevos tributos. Así en diciembre de 1809 la autoridad militar procedió a cobrar con recargo los impuestos atrasados de 1807 y 1808. En algunos pueblos de la comarca, pertenecientes entonces al corregimiento de Logroño, casos de Eterna y Pradoluengo, las justicias locales desobedieron la orden de pago aunque, a la postre, la contribución se triplicó en concepto de multa por haber hecho pedazos la orden recibida²².

La experiencia de la ocupación fue, como vemos, poco satisfactoria. A las fuertes multas impuestas a los pueblos debemos añadir los incendios acaecidos en Villafranca y Cerezo o las ejecuciones indiscriminadas. En enero de 1809 el comandante de la autoridad militar acantonada en Santo Domingo trasladaba al corregidor de la ciudad una lista con los nombres de quince fusilados, por ser guerrilleros o ladrones en la jerga usada por los invasores, entre ellos el de Joaquín García de Villafranca.

En este contextura las arbitrariedades y vejaciones cometidas sobre las poblaciones civiles fueron constantes por eso cuesta poco comprender la queja de los vecinos de Redecilla del Camino quienes en 1812 no pudieron pagar las rentas territoriales al hospital del pueblo porque, alegaban un año más tarde, “estamos constituidos en la mayor miseria y enfermedad sin poder ganar cosa alguna con motibo de la opresión de los franceses que barias veces nos

²² SOBRÓN ELGUEA, M^a C. *Logroño en la Guerra de la Independencia*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 1986.

redujeron a prisión y arresto”.²³ La noticia de este tipo de represalias dirigidas contra los campesinos puede ponerse en relación con el control del apoyo popular a las partidas de guerrilleros.

La violencia corrió a la par de la extorsión ya que los lugares de la zona eran forzados a proporcionar a los invasores, además de alimentos y pienso para los caballos, carros o caballerías. En el otoño de 1810, por ejemplo, se obligó al concejo de Belorado a proporcionar, nada menos, que 250 caballerías mayores. El vecindario entregó la mitad de las cabezas pedidas, en buena parte animales viejos o caballerías menores, aunque en una orden posterior se exigió que cada animal fuese capaz de cargar con un mínimo de diez arrobas.²⁴

3.3 ¿Colaboracionistas y afrancesados entre las elites municipales?

Pese a todo ¿hubo un apoyo significativo de la población a la invasión? Nos faltan datos para responder a este interrogante, el fenómeno es tan interesante como oscuro y complejo. Tal vez entre los comprometidos se encontraba el pequeño grupo de ilustrados beliforanos, el mentado alcalde Crespo Urrutia o José María de Huydobro (alcalde por el estado de hijosdalgo en 1810), por ejemplo. También encontramos formando parte de la Justicia de la villa a Rosendo Astúlez (alcalde en 1809 y 1810), pariente del intérprete oficial de las tropas francesas en Burgos, y a José Ubierna (alcalde de nobles en 1809), el administrador de los bienes del convento de santa Clara. No debería de extrañarnos que el temor por las represalias dirigidas hacia los elementos ligados ideológicamente con los invasores pueda explicar, por ejemplo, la ausencia del alcalde en las visitas de las partidas de guerrilleros acaecidas en el año 1811.

Hay que recordar a este respecto que un prohombre beliforano, el botánico Hipólito Ruiz, fue acusado en Madrid de colaboración con los invasores y que el mismo señor de la villa, el conde de Haro, fue un destacado afrancesado que participó activamente en la redacción de la constitución de Bayona.

Poco más que simples conjeturas, aunque la difusión de las ideas republicanas y la curiosidad por los sucesos acaecidos en Francia

²³ AMRCa. Lib. de Cuentas del Santo Hospital.

²⁴ “El Tirón”, nº 7. 1933

habían alcanzado ya a estas poblaciones castellanas a través de los maestros. Es muy ilustrativa a este tenor la rescisión del contrato del maestro de Cerezo en 1804 porque, según las fuerzas reaccionarias locales, “a pesar de las recompenciones que se le an echo por los respectivos juezes y Ayuntamientos y amonestaciones fraternas q^e por varios parrocos se le an echo, el dcho Pedro de Ugarte ha tenido mui poca aplicación y mal modo en la enseñanza de los niños”²⁵.

En último término la colaboración del pueblo con los franceses, si la hubo, debió ser manifiestamente insignificante. En realidad las razones de su comportamiento, ayer como hoy fueron probablemente de índole práctica. Los franceses ofrecían protección contra las actividades aterradoras de la guerrilla y garantizaban los intereses de la propiedad. Por último la experiencia de la invasión no fue totalmente negativa para las familias pudientes teniendo en cuenta la política económica de los ayuntamientos prestos a enajenar los codiciados bienes de propios. Precisamente en 1810 sería el alcalde de nobles, José María de Huydobro, el principal interesado en la compra de fincas comunales.

3.4 La Guardia Imperial en Belorado: el saqueo de San Francisco

Tras la batalla de Gamonal, acaecida el 10 de noviembre de 1808, toda la región pasó a estar en poder de las tropas francesas hasta el final de la guerra. Siempre en el límite de su capacidad para atender a los suministros exigidos por el ejército francés a Belorado y a sus aldeas se le asignó de forma permanente la manutención de 38 hombres y otros tantos caballos de la Guardia Imperial apostada en Santo Domingo. El repartimiento hecho entre el vecindario no excluía, por supuesto, a las monjas de santa Clara, a cuya abadesa dirigía la junta municipal esta persuasiva carta fechada el 22 de marzo de 1810: “Esta villa y los pocos pueblos que se le han asignado p^a el suministro de los treinta y ocho ombres y otros tantos caballos de la Guardia Imperial no son suficientes para afrontar las raciones que se piden de todos los viveres para dicha subsistencia, y del reparto echo entre el vecindario para surtir las de carne ha correspondido a esa venerable comunidad veinte carneros q^ese servira entregar en

²⁵ A.H.P.Bu. GARCÍA y MEDINA. Lib. de Notariales de Cerezo, 1804

la Provisión para que precedida tasacion se empiezen a matar y distribuir entre la tropa en los dias para ello asignados”²⁶.

No sabemos si la comunidad de monjas del campo de Bretonera sufrió exclaustación a partir de ese año de 1810. Obedeciendo a un decreto del emperador varios conventos fueron abandonados en todo el país por sus respectivas comunidades. Esta es la suerte que debió de correr el convento de San Francisco cuya planta baja se dedicó a cuadras para los caballos de la Guardia Imperial después de la incautación decretada por la autoridad militar. La justicia de la villa encargó al síndico Manuel Díez Mallaina la supervisión de los trabajos de acondicionamiento del convento que durante cuarenta y cinco días alojó a ¡800 dragones polacos! A los estragos cometidos por la Guardia Imperial en el edificio y sus riquezas artísticas debemos sumar las inmensas dificultades que para una población como Belorado supuso afrontar los gastos en víveres para hombres y cabalgaduras. Así lo resume el semanario “El Tirón”: “En el servicio de mesa de los jefes y oficiales de la Guardia Imperial y de los oficiales de Cazadores que con ellos estuvieron, se gastaron treinta mil setecientos noventa y seis reales y ciento noventa y siete fanegas para los caballos, y se llevaron sin dejar recibo otras doscientas noventa fanegas”²⁷.

A pesar de la guerra algunos aspectos de la vida cotidiana dejan traslucir la preocupación de los ayuntamientos por el mantenimiento de la vida municipal, la limpieza de calles y plazas o la mejora del estado sanitario del hospital de la Misericordia. En enero de 1810, por ejemplo, se acometió la limpieza de la esgueva que bajaba de la calle Carnicerías hasta la plaza Mayor y se construyó un pilón para la fuente pública. Se allanó el terreno frente a la iglesia de San Pedro y se arregló el árbol, un fresno centenario, y, como dice el contrato acordado con los albañiles obligados, cualquier otra cosa que se contemple útil para el mejor ornato y hermosura de la plaza. Ese mismo año se ponían vidrios en el hospital y se presupuestaban los gastos de luz y las cargas de carbón para “las cuadras” donde se alojaban pobres y enfermos.

²⁶ Archivo Monasterio de Santa María Bretonera. Leg. 1810.

²⁷ “El Tirón”, nº 7. 1933



Figura 2. Iglesia y murallas en ruinas del convento de San Francisco. Gómez, 2000. Colección privada. Belorado

4. Y ADEMÁS LA GUERRILLA

A partir de la derrota del ejército español en el otoño-invierno de 1808 la resistencia irregular a los elementos franceses se extendió por todo el país. Muchos soldados rezagados en compañía de todo tipo de excluidos sociales se lanzaron a los rebordes montañosos de los campos.

En la comarca, muy a principios de 1809, las partidas de la guerrilla comenzaron a hacerse presentes cortando comunicaciones e interceptando correos y convoyes en la línea imaginaria que conecta Miranda, Briviesca y Villafranca Montes de Oca. Los guerrilleros acosaban a las tropas francesas, avisaban a las Juntas de Defensa de los movimientos enemigos, dificultaban el forrajeo, el cobro de im-

puestos y las requisas en los pueblos pequeños. A finales de ese año los franceses eran hostigados en todos los flancos.

A medida que la guerra se alargaba la tensión social en la villa y los pueblos de su entorno debió de alcanzar cotas difíciles de superar. Ya hemos visto que la mayoría del vecindario estaba conformada por algunos artesanos y labradores con pocas tierras, arrendatarios de la iglesia y de un puñado de pudientes que, además, trataron de sacar el máximo partido de su poder. La población, empobrecida por las continuadas exacciones practicadas por los ejércitos franceses y españoles se vio obligada a vender fincas de propios, a roturar y talar sus mejores montes, vedando el acceso a buena parte de los pastos concejiles, a las leñas y a las maderas para edificación. Mientras el paso del tiempo reforzaba el poder de los mejor posicionados. Sin embargo la resistencia irregular, la guerrilla, no parece haberse alimentado de los hombres de la comarca.

Belorado, lejos de convertirse en un campo de cultivo de disturbios internos, permaneció en este sentido relativamente tranquilo. Eso no le eximió de la arbitrariedad de las actuaciones de los guerrilleros ni de las contribuciones abusivas exigidas por estos a la población.

4.1 Francisco de Longa

Las montañas de Frías y de Pancorbo, y la comarca de Belorado, fueron el territorio de actuación preferido por Francisco de Longa, uno de los guerrilleros más significativos de la guerra. Vizcaíno, nacido (1783) en el caserío Longarte de Cenarruza, se trasladó posteriormente a la Puebla de Arganzón (Alava), donde trabajó de herrero y aprendió castellano. Alto, guapo y robusto, Longa se ganó el respeto de los militares profesionales de la contienda, y la admiración popular. Así se deja ver en estas coplas:

Longa le dijo al caballo:
sácame de este arenal
que me vienen persiguiendo
los de la Guardia Imperial

Mina de mi vida
Longa de mi amor
Don Gaspar de Jáuregui
de mi corazón.

El 10 de octubre de 1810 deshizo completamente dos regimientos de lanceros en el Valle de los Ajos, entre Villalómez y Alcocero. Meses antes se había apoderado de un correo en el paso de Pancorbo dando muerte a los ciento tres soldados que componían la escolta. Acciones de esta envergadura, protagonizadas por Longa u otros guerrilleros han quedado en la memoria ahistórica de los pueblos, con frecuencia dando nombre a parajes aldeanos. Por eso oiremos contar que los torcos insondables de La Loma eran los lugares escogidos para esconder los cadáveres de los soldados galos rezagados, o que la Cueva de Los Milagros (Quintanalaranco) era el escondite de la guerrilla.

Pero los objetivos de las bandas de brigantes (bandidos), así llamaban los franceses a los guerrilleros, no iban siempre dirigidos contra los invasores. Las actas municipales de Belorado recogen varias visitas de las partidas de Longa, enmarcadas en todos los casos por los saqueos, alistamientos forzosos, amenazas y robos a los vecinos. En 1811 un grupo dirigido por un tal Papeles, apodo con el que, al parecer, se conocía a Longa, incendió varias casas principales, insultando a sus moradores y cometiendo otros abusos. Con la intermediación de los curas y el pago de 4000 reales se puso fin al atropello. Asimismo las actas municipales traen referencias a la llegada al pueblo de otra banda a cuyo mando estaba El Capuchino. Este “Capuchino”, de nombre Juan Mendieta, y con el mismo objetivo de hacer acopio de dinero amenazó al alcalde interino hasta conseguir una buena cantidad²⁸.

La campaña de actuaciones de Longa en el pueblo alcanzó también al barrio de Pedroso. Aquí, el día 25 de marzo, José de Abería, de la misma división de Longa, secuestró a siete vecinos. Después de dirigirse a Villagalijo y, posteriormente, tomar el camino de Burgos los prisioneros recobraron la libertad gracias al encuentro fortuito con un pelotón francés en el Valle del Oca.²⁹

La audacia de las correrías de Longa por la comarca atrajo en su busca a dos columnas enemigas procedentes de Santo Domingo y de Burgos. El vizcaíno burló el cerco corriendo por Santa Cruz, Villana-

²⁸ A.M.Be. Lib. de Actas, 1815

²⁹ A.M.Be. Lib. de Actas, 1815

sur, Villafranca, Cerezo y Eterna. Una de las noches pernoctó en Puras. En otra ocasión, en el mismo año de 1811, se mostró como un buen conocedor del monte, un espacio que le sirvió de refugio ante la inútil embestida de las tropas francesas destacadas en su búsqueda desde Ezcaray y Belorado.³⁰

Tal vez ningún otro ejemplo sea más elocuente a la hora de poner de manifiesto que el espacio geográfico y humano, lejos de ser neutral, se convirtió en aliado de la guerrilla al encontrar en él una protección vedada al invasor. La invisibilidad de la guerrilla en estos parajes de difícil acceso nos habla, sin duda, del apoyo de una población beligerante, aunque no formase parte de los combatientes.

Dejando de lado ahora las frecuentes enemistades documentadas entre las partidas de la resistencia resulta patente que Longa colaboró activamente con el cura Merino, a quien conocemos actuando con éxito en el Valle de los Ajos y con Espoz y Mina. Al mismo tiempo, en lo que parece un tácito reparto de las zonas de actuación, la partida de Ignacio Alonso, "El Cuevillas", operaba en los pueblos de La Riojilla.³¹

Tanto Longa como el Cura Merino fueron fervientes realistas y, pasada la guerra de la Independencia, recuperaron la actividad militar apoyando la reacción absolutista de 1823. Ambos colaboraron entonces con la invasión francesa de los 100.000 hijos de San Luis.

No puede sorprendernos por tanto que las autoridades patrióticas, ante la magnitud de las operaciones del vizcaíno, comenzaran un proceso para su militarización, convirtiendo la partida, hasta 4000 hombres llegó a controlar en el momento álgido, en la División Iberia del ejército regular.

En su calidad de coronel de la División Iberia, en mayo de 1812, Longa alistó a todos los jóvenes beliforanos desde la edad de 16 años hasta la de 45, para su incorporación a la División asentada entonces en Poza de la Sal. Los mozos fueron sacados a la fuerza de la villa, sin observar las ordenanzas de reemplazos del ejército y, posteriormente, ante la llegada de la cosecha algunos abandonaron sus

³⁰ PARDO de SANTAYANA y GÓMEZ OLEA. *Francisco de Longa, de guerrillero a general en la Guerra de la Independencia*. Ed. Leynfor. Siglo XXI, 2007. pp. 320-321

³¹ A.M.Cas. Lib. de Actas, 1931

puestos y regresaron al trabajo de los campos. Un año más tarde, en junio de 1813, la División Iberia intervenía decisivamente en la batalla de Vitoria cerrando a los franceses la ruta principal de Francia.

Con Longa acantonado con todos sus hombres en Briviesca, tras la restauración del absolutismo monárquico en mayo de 1814, se inició una brutal persecución contra los liberales, colaboracionistas y desertores. Un año más tarde se recibía en el ayuntamiento una solicitud pidiendo información sobre los vecinos sospechosos y los militares que se hallasen establecidos en ella en calidad de desertores o de sacados a la fuerza o sin las formalidades que prescriben las Reales Ordenes del Ejército³². La acusación de desertores recayó sobre los mozos de la irregular leva ordenada por Longa, para ellos los alcaldes y curas pidieron la anulación de la detención ante la comisión investigadora reunida en las casas de ayuntamiento.

4.2 El “Desastre de Belorado”

Fue precisamente en los campos que rodean Belorado donde la conducta en combate de las guerrillas españolas mostró un ejemplo significativo de sus limitaciones. La acción tuvo como protagonista a la partida navarra de Espoz y Mina, el único guerrillero que ha dejado testimonio escrito de sus actuaciones. El enfrentamiento en campo abierto con las tropas del general Roquet, conocido en la bibliografía militar como “el Desastre de Belorado”, ha quedado recogido de forma destacada en sus memorias³³.

Tal como expone el autor la guerrilla atravesó el Ebro en octubre de 1810 con la intención de tomar la guarnición enemiga de Tarazona. Tras el fracaso del asalto Espoz volvió a Navarra dejando a la partida –unos 1200 hombres– al mando de su lugarteniente Górriz. Acosados durante un mes por las columnas francesas los guerrilleros se acogieron a las montañas del sistema Ibérico, moviéndose por tierras de Cornago y Medinaceli donde a instancias de la Regencia se celebró una entrevista con el Empecinado. Lejos de su habitual terreno de operaciones los voluntarios intentaron sin éxito volver a Navarra en principio por el puente de Logroño y, posteriormente, por el de Haro.

³² A.M.Be. Lib. de Actas. 1815

³³ IRIBARREN, J.M. *Espoz y Mina. El Guerrillero*. Pamplona, 1965. pp. 345-360

Moviéndose siempre en busca de un paso que les permitiese cruzar el Ebro las columnas de los combatientes nacionales fueron sorprendidas en Cuzcurrita por la caballería polaca de Roquet. Górriz decidió replegar rápidamente la infantería aguas arriba del río Tirón, hacia los montes de Belorado, mientras él mismo al mando de la escasa caballería de que disponía ganaba tiempo defendiendo el puente sobre el Tirón en este lugar riojano. El comandante navarro resolvió pasar la noche con sus tropas en Belorado y al día siguiente continuar la marcha hacia Miranda, por las colinas de La Loma y de Pancorbo, buscando tal vez la protección de Longa en su feudo de los montes Obarenes.

Según la versión emocionada de Espoz los voluntarios fueron sorprendidos a media legua del pueblo por la caballería polaca, *que avanzaba al galope*. La infantería formada en cuadro se preparó para el combate, repartida en tres batallones, mandados dos de ellos por Górriz y el tercero por Antonio Barrena.

Aunque el autor ubica el campo de batalla de forma más que genérica, a la derecha de la villa, dice, algunos indicios parecen apuntar hacia la explanada que domina la cuesta del Castillo como el punto donde se produjo la embestida francesa³⁴. Los batallones navarros apenas pudieron mantenerse firmes frente a la carga enemiga, el pánico comenzó a extenderse y, tras abandonar sus posiciones, se produjo la retirada en el más absoluto desorden. A pesar de que el famoso Juan Hernández, “El Pelau”, cubrió con la caballería –unos cien caballos– la desbandada más de 500 combatientes españoles quedaron sin vida sobre el escenario de la batalla³⁵.

“En Belorado no hubo heridos, los franceses mataron, degollaron y alancearon sin cuartel”. Al día siguiente alrededor de 70 prisioneros fueron trasladados a Santo Domingo, ciudad donde fueron fusilados. Los supervivientes, unos 600, cruzaron por fin el Ebro a la altura de Frías y tras superar mil y una dificultades, consiguieron, por La Rioja y Vizcaya, llegar a Navarra.

³⁴ Esta suposición se sustenta en la localización de la fosa común al pie de la ladera sur de la colina, junto al camino de Santiago. El varias veces citado semanario “*El Tirón*” es quien individualiza la fosa en el nº 7 de la publicación.

³⁵ “El Pelau”, conocido también como “El Tuerto”, es un buen ejemplo de los marginados sociales que nutrieron parte de la guerrilla. Nacido en Viana (Navarra), Juan Hernández era un malhechor que, entre otros desmanes, llegó a asaltar y robar la iglesia de su pueblo. Espoz, harto de sus fechorías, ordenó posteriormente su fusilamiento.

Reylle, el general francés que operaba en Navarra, ordenaba días después de la batalla la colocación de carteles en todos los lugares de la región. En ellos se leía:

“Navarros: vuestros voluntarios fueron desechos en Castilla. Los campos de Vilorao(sic) se hallan teñidos con su sangre y su tristes cadáveres yacen allí para pasto y sustento de las aves. Los jefes principales fueron heridos en Tarazona y las miserables reliquias de esas bandas se entregarán al fin o caerán por fuerza en nuestras manos. Desengañaos de vuestro error; poneos de nuestra parte y prestad obediencia a las órdenes del Gobierno”.

Después del choque los franceses entraron en la población. Roquet dio licencia a sus tropas para celebrar la victoria con incendios –ardieron ese día tres casas– y saqueos. Los franceses se llevaron de los almacenes 31 pellejos de vino, 617 panes y 200 fanegas de cebada y el alcalde, Manuel Martínez, fue arrestado en Santo Domingo³⁶.

Determinantes para el resultado del encuentro militar fueron los dos errores consecutivos cometidos por Górriz; pernoctar en Belorado, primero, y no aprovechar en su favor la orografía y el terreno boscoso del monte que se extiende apenas a unos centenares de metros de la cuesta del Castillo. Se hubiese evitado de esta manera la batalla campal, una opción que exigía cubrir un terreno y mantener una línea de frente, una estrategia que chocaba frontalmente con los principios constantes de actuación de las guerrillas.

Obviamente el combate no fue más que una anécdota en el devenir de la guerra. No obstante se puede deducir una consecuencia de aquel hecho. A partir de la batalla, Espoz y Mina, que se lamentó profundamente de las erróneas decisiones de su lugarteniente, decidió ejercitar a sus tropas en la táctica militar clásica y en las maniobras en campo abierto. Se iniciaba así una transformación que habría de llevar a la División Navarra, y en paralelo a otras partidas de guerrilleros, a operar militarmente con los mismos métodos que las unidades del ejército regular.

Terminada la guerra, en 1814 el eficaz comandante de la guerrilla navarra cayó en desgracia. El gobierno no quiso reconocer a su regimiento como parte del ejército regular y el mismo rey, Fernando VII, lo desairó públicamente en ocasión de una visita a la corte. Frente

³⁶ “El Tirón”, n° 7. 1933.

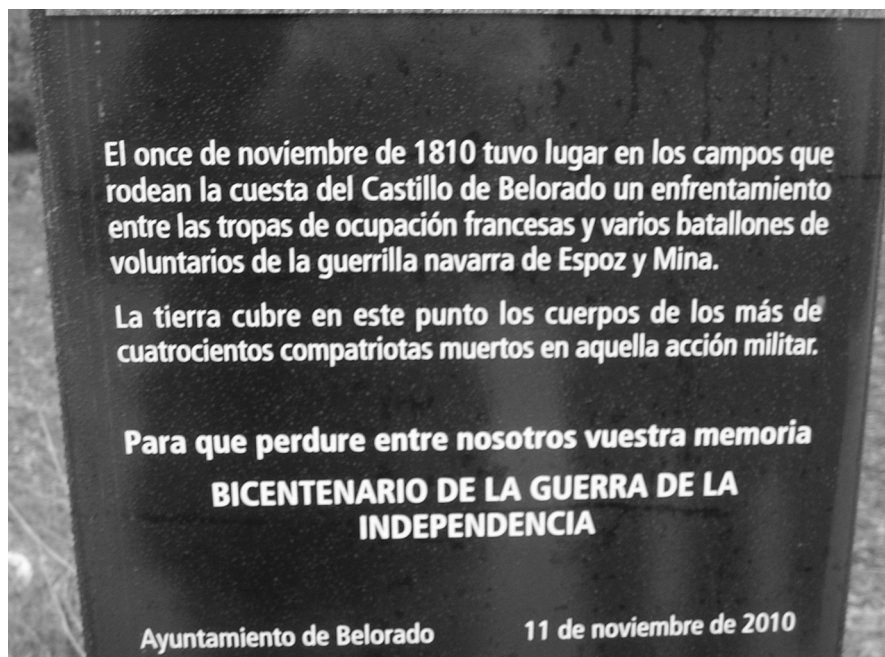


Figura 3. El ayuntamiento de Belorado colocó este cartel cerca del lugar del fusilamiento. Gómez 2000. Colección privada. Belorado

a esta situación Espoz y Mina se rebeló e intentó apoderarse de la guarnición de Pamplona.

Esta es probablemente la razón que explica la terrible censura manifestada en las actas municipales de Belorado de 1815. Atendiendo a una solicitud cursada por las autoridades militares el escribano, que resume los acontecimientos locales acaecidos durante los años de la ocupación, sencillamente olvida la batalla.

4.3. “Y la población siguió sosteniéndose con sus pequeñas heredades, soportando rentas y contribuciones. Y nuevas guerras”

De forma convencional podemos considerar la fecha del 13 de junio de 1813, día en que los franceses abandonaron la ciudad de Burgos, como el final de la guerra en la comarca. Todavía a finales de marzo, entre el incesante trasiego de tropas que precedió a la evacuación francesa, el alcalde anunciaba a la abadesa del monasterio de Santa Clara la muy verosímil llegada de gran número de soldados

por lo que exponía, una vez más, que “se hace preciso en el momento que reciba este oficio que el depositario de esta villa o las panaderas que el dirija reciban veinte fanegas de trigo”.³⁷

Porque el tránsito de los ejércitos franceses y españoles por la ruta de Rioja a Burgos fue la circunstancia constante con la que vivieron los beliforanos la guerra. A pesar de todo no hubo de forma continuada una guarnición en la villa y, tan solo en momentos puntuales, se padecieron acantonamientos de tropas.

Como puede suponerse Belorado soportó la ocupación extranjera y las acciones de la guerrilla buscando siempre un equilibrio entre los deseos del corazón y una razonable precaución. Los alcaldes del periodo 1810-1813 cumplieron las órdenes de los mandos franceses intentando aminorar las cargas sobre una población que estaba en un estado de suma pobreza.

Una de las fuentes documentales que ilumina mejor la situación crítica de la población son los libros de cuentas de los hospitales. En ellos anotaba el administrador la frecuente incautación por parte de los invasores de las rentas territoriales que correspondían a la institución. Incluso en las mismas eras procedían los franceses a la confiscación de la diezmación de los granos.

La participación de los beliforanos en el ejército regular español o en las partidas de guerrilleros apenas la hemos podido constatar. Es probable que su intervención esté sumergida en los huecos documentales. Ya hemos visto, por otra parte, testimonios de la presencia de desertores entre los jóvenes del pueblo. En los años posteriores a la guerra cinco beliforanos cobraban pensiones por su participación en la contienda. En “Apuntes históricos de Belorado”, de don Hipólito López Bernal, encontramos la noticia del fusilamiento de más de cincuenta personas en el llamado “Campo de las Monjas”, un suceso que podemos atribuir al enfrentamiento contra las tropas de Espoz y Mina.

Desde que José I autorizó a los concejos a poner a la venta los bienes de propios el ayuntamiento se acogió a esta solución para afrontar los gastos del surtido de soldados y cabalgaduras. Una ocasión que fue oportunamente aprovechada por los pudientes de la villa para ampliar sus heredades. Asimismo se enajenaron entonces las mejores fincas comunales y se roturaron las zonas más apropiadas

³⁷ AMBr.

del robledal de Monte Mayor. Se talaron las hayas, los quejigos de la dehesa de Monte Rey y las choperas de la ribera del Tirón.

La guerra de la Independencia ha sido considerada un hito de la historia moderna de España. No sólo marca el punto final del Antiguo Régimen, también el nacimiento del mito de las dos Españas: una clerical y reaccionaria y la otra laica, constitucional y progresista. Retenido entre estas dos tendencias se encontró el pueblo durante todo el siglo XIX y hasta el comienzo de la guerra civil. Aunque la desgraciada desaparición de toda la documentación municipal del siglo XIX nos impide analizar las adscripciones ideológicas de los vecinos durante este período, podemos apostar por su identificación con el deseo primero de alcanzar el objetivo de la paz, el acceso a la propiedad de tierras y el logro anual de las cosechas.

Mientras tanto, en un clima de empobrecimiento general, la mayoría de la población siguió sosteniéndose, soportando rentas y contribuciones, con sus pequeñas heredades de labranza y la cría de ganados, con el trabajo de las actividades artesanales y el comercio comarcal. Y en menor medida con la producción de los diversos telares de lino y de cáñamo y de las fábricas de paños y curtidos.

Casi una década después del final de la contienda seguía haciéndose notar en la hacienda concejil sus nefastas consecuencias. Hasta el punto de que, sirva este caso como ejemplo demostrativo, el administrador de los bienes de propios municipales declaraba no poder sostener ni siquiera el sueldo de un par de guardas para la vigilancia de los montes comunales.

Y llegaron nuevas guerras. Y una vez más el paso de soldados por el camino de Burgos. Recién acabada la de la Independencia, de nuevo en la Navidad de 1815, se hallaban aposentados en la población dos escuadrones del regimiento de caballería del Algarbe a los que una orden obligaba a “socorrer y facultar cuantos auxilios pidan”³⁸.

³⁸ A.M.Be. Lib. de Actas municipales, 1817.

FUENTES DOCUMENTALES

ADBu: Archivo Diocesano de Burgos
AHPBu: Archivo Histórico Provincial de Burgos
AHVMO: Archivo Hospital de Villafranca Montes de Oca
AMBe: Archivo Municipal de Belorado
AMBr: Archivo Monasterio de Santa María Bretonera
AMCa: Archivo Municipal de Castildelgado
AMRCa: Archivo Municipal de Redecilla del Camino
APBe: Archivo Parroquial de Belorado
El Tirón. Periódico quincenal beliforano

BIBLIOGRAFÍA

- DÍEZ MORRÁS, F.J. "La Guerra de la Independencia en Santo Domingo de la Calzada". En *Revista Berceo* (157). Logroño, 2009.
- GÓMEZ VILLAR, R. *Belorado y su comarca. Economía, sociedad y vida cotidiana (1700-1813)*. Ed Pamiela. Pamplona, 2000. pp. 181-216 y 165-180.
- IRIBARREN, J.M. *Espoz y Mina. El Guerrillero*. Pamplona, 1965. pp. 345-360.
- MANSO MARÍN, I. *San Miguel de Pedroso. Cuna del primer monasterio de monjas de Castilla*. Burgos, 1997. pp 139-141.
- PARDO de SANTAYANA y GÓMEZ OLEA. *Francisco de Longa, de guerrillero a general en la Guerra de la Independencia*. Ed. Leynfor. Siglo XXI, 2007. pp. 320-321.
- SOBRÓN ELGUEA, M^a C. *Logroño en la Guerra de la Independencia*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 1986.